

Los museos en el mundo rural como motor de regeneración

Antonio Bellido Blanco | Museo de Salamanca, Junta de Castilla y León

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/4458>

El mundo rural se encuentra desde hace algunas décadas en una situación en la que ha perdido en buena medida el control de su patrimonio cultural. Mientras que en los pueblos abandonados, sus construcciones se caen sin remedio, en las localidades pobladas el uso de los edificios con valor patrimonial ya no está vigente del mismo modo que hace un siglo.

Las iglesias y las ermitas, por ejemplo, tenían un papel en el día a día, en el transcurso cíclico de la vida, en unas celebraciones que cobraban un sentido y en las que participaba toda la comunidad. Las casonas familiares hablaban de un linaje, una estirpe que podía tener cientos de años de historia o sólo unas décadas pero que todos conocían y valoraban, y de parentescos entre todos los habitantes de una localidad e incluso de una comarca.

Hoy todo eso se ha desmembrado. Muchos vecinos se han ido y se han roto las redes de interacción social que existían antes. El fundamento de esta situación puede encontrarse en la nueva cultura globalizadora que viene impuesta desde las grandes ciudades, pero aún se está a tiempo de que renazca lo perdido.

La recuperación del mundo rural depende de muchos elementos, pero volver a tejer los nexos que unían a las personas en las comunidades depende especialmente del patrimonio cultural. Y no nos referimos exclusivamente a los edificios que servían de encuentro y de confluencia de las gentes. No se trata sólo de las iglesias y ermitas, de los espacios de juego, de las tabernas o de los lavaderos. El patrimonio es sobre todo las fiestas, las actividades recreativas y deportivas, la cooperación entre vecinos y la formación.

Pero el mundo rural, esas pequeñas localidades con poca población que abundan en determinadas zonas

de España, tiene escasa capacidad de maniobra para desarrollar políticas propias; y menos en el ámbito cultural. Sus escasos recursos económicos difícilmente pueden dirigirse, por ejemplo, a la rehabilitación de antiguos edificios, que además en su mayoría son propiedad de la iglesia católica o de particulares; aunque determinadas asociaciones culturales intervienen en este sentido y también algunas diputaciones.

El apartado que nos interesa destacar aquí es la presencia de museos en esos municipios rurales. En los últimos años se han fundado muchos museos de carácter básicamente antropológico que inciden en facetas culturales perdidas o en decadencia: desde instituciones de carácter genérico a otras especializadas en actividades como la resinación, la matanza del cerdo, la carbonería, la indumentaria, la elaboración de miel, el vino, la alfarería, la minería, la pesca o el pastoreo. Tampoco faltan los dedicados a personajes relevantes de la historia local.



Identidad cultural en una tienda de recuerdos y productos típicos de la ciudad de Zamora | foto Antonio Bellido Blanco

El eje temático de los museos es en realidad lo de menos. Lo importante reside en el modelo de gestión de estos centros. En primer lugar hay que considerar que los ayuntamientos no suelen contar con presupuestos suficientes para crear estas instituciones por sí solos y dependen de ayudas de diputaciones, administraciones autonómicas y fondos europeos. Gracias a esta financiación extraordinaria hacen frente a la creación de los centros y consiguen ponerlos en marcha. En este sentido hay que considerar que mientras algunos piden la colaboración de los vecinos para hacerse con unas colecciones de objetos para su exposición, otros se hacen al margen de éstos utilizando sólo recursos didácticos como paneles, vídeos, maquetas y reproducciones que son elaborados por las empresas encargadas del proyecto.

Una vez inaugurados, lo más corriente es que susciten el interés de los vecinos durante los primeros meses, pero después siguen funcionando orientados sólo al turismo —más o menos estacional— que llega a los pueblos. Para ello basta organizar una gestión limitada a la apertura los fines de semana y días festivos, que se encarga a una persona que ejerce labores de atención al público y que muchas veces también suma a las de encargada de la oficina de turismo. Todo se hace pensando en un coste que sea lo más reducido posible para las arcas municipales (una vez más aquí se depende muchas veces de ayudas provinciales).

Esta gestión “de mínimos” suele tener escasa incidencia en los pueblos con poca población, salvo que estos museos convivan con monumentos destacados, con conjuntos históricos o etnográficos de interés o se ubiquen cerca de lugares de interés natural. El turista pasea mucho (y come y bebe) antes de encerrarse en un museo. Los museos por sí mismos, contrariamente a lo que imaginan muchos alcaldes, no originan una llegada cuantiosa de visitantes.

Otro punto relevante es que la visión ofrecida en estos museos, aunque se elija un elemento culturalmente relevante, muestra una imagen fosilizada en el pasado, por

lo común alejada de la realidad actual y sin atisbos de relación con ella.

Frente a los museos turísticos, otros —los menos— funcionan con una visión centrada en las comunidades donde están ubicados. Esto exige una gestión activa, que sea capaz de atraer el interés de los vecinos —y a ser posible de toda una comarca— a través de organizar actividades en las que éstos puedan participar. No se trata de que abran todos los días, como si fueran uno de esos grandes museos que se encuentran en las principales ciudades (los turistas van a seguir acudiendo sólo los fines de semana, festivos y en época de vacaciones), sino que sean instituciones vivas que creen lazos en las comunidades.

Para servir a sus vecinos existen muchos recursos culturales. Hay ayuntamientos que programan en estos centros festivales de música o teatro, que organizan escuelas de danza o de música (con instrumentos tradicionales como flauta y tamboril o dulzaina), talleres de ilustración o literarios, representaciones teatrales o de títeres, concursos de poesía o dibujo, ciclos de conferencias, visitas guiadas a elementos destacados del patrimonio del entorno y más, mucho más. Lo fundamental es utilizar como base el patrimonio tradicional, histórico y artístico de la zona e involucrar en lo que se programa a un sector lo más amplio posible de la comunidad.

No hay museos perfectos pero, por dar alguna referencia entre los que me pillan más cerca, proponemos que se indague en la actividad del Museo del Paloteo (San Pedro de Gaíllos, Segovia) y del Museo del Cerrato (Baltanás, Palencia), municipios con unos 300 y 1.230 habitantes, respectivamente.